



Jesucristo

Después de tantas palabras llegamos al Domingo de Ramos. En este día y en toda la Semana Santa, la Palabra solo puede ser una: *Jesucristo*. En realidad, todas las palabras se iluminan desde Él. Jesucristo nos dice quién es Dios, quién es el hombre, cuál es nuestro futuro, qué es la salvación. Una frase del Concilio Vaticano II, frase muy citada por san Juan Pablo II, dice así: “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”.

Hoy, que escuchamos la Pasión, la palabra “Jesucristo”, por así decir, se nos narra. De Cristo confesamos su misterio, que es Dios y hombre verdadero. Pero de él conocemos también su relato. Y en este tiempo de pandemia, cuando surge con más fuerza la pregunta por la historia y su destino, como surge en toda situación en que se nos corta la trama de la vida, la respuesta está en ese relato de Jesús. Dice así el mismo Concilio Vaticano II, un poco más adelante, que Cristo “es el fin de la historia humana, [...] hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones”.

El relato de Jesús concentra en sí toda la historia. Todas las enfermedades, luchas, triunfos, gozos, están aquí. Incluso si quieres algo más breve, el centro de la historia de Jesús es su pasión. Allí entendemos que se ha hecho carne y le vemos vivir el amor que ha predicado.

La vida de Jesús recapitula la historia entera. En esta vida tenemos lo que se encuentra al principio de los capítulos de los libros antiguos: un resumen o recapitulación. En Jesús recordamos de donde viene y adónde va el hombre.

San Juan resume así la vida de Cristo al comenzar su pasión: “habiendo amado a los suyos, los amó, hasta el extremo”. Pasado, presente y futuro de Jesús condensados en esta frase. Y a la vez, su secreto: todo este relato viene del amor del Padre y camina hacia su abrazo, pues san Juan añade: “sabiendo que había salido de Dios y a Dios volvía...”

En tiempo de calamidades nos puede venir a la mente una imagen bíblica, la de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Solemos pensar que son jinetes destructores, que representan el mal que se proyecta sobre el mundo. No tenemos en cuenta que el primer jinete, un jinete sobre un caballo blanco, es Cristo mismo. Los antiguos escritores cristianos interpretaron este primer jinete como la predicación de Jesús, de su pasión, muerte y resurrección, que se hace presente en los males de la historia, los vence, y los reconduce al bien. En el mismo Apocalipsis aparece después esta descripción de Jesús a caballo.

Termino con una pequeña historia, que leía hace poco con otros sacerdotes, y muestra cómo Jesús es contemporáneo de cada hombre, o mejor, nosotros como contemporáneos suyos. Es un cuento de Anton Chejov llamado “el estudiante”. Este estudiante vuelve a su casa en una tarde fría, un Jueves Santo. Viene triste pensando que el mundo es un lugar oscuro donde el invierno siempre vencerá. En el camino a su pueblo pasa por la finca de dos vecinas viudas, madre e hija, que están calentándose al fuego. La noche y la hoguera le evocan la historia de las negaciones de Pedro, pregunta a las viudas si han ido a la Iglesia a escuchar el Evangelio, y entonces les narra de nuevo las negaciones. Cuando llega a las lágrimas de Pedro una de las viudas se echa a llorar. El estudiante sigue su camino y, reflexionando en el llanto de la viuda, entiende que la historia de Cristo no es una historia pasada, sino que es la clave para entender toda otra historia: “la verdad y la belleza [podemos decir: Jesús mismo], al igual que dirigían la vida de los hombres allí, en el huerto y en el patio del Sumo Sacerdote, proseguían su ininterrumpido camino hasta aquel día [...] y lo dominó una sensación de felicidad inminente”.